

TRES REINOS A VISTA DE GORRIÓN

Son muchas las personas que conocen la existencia de la “Mesa de los Tres Reyes”, pocas las que han accedido hasta allí y desde luego ningún rey que se haya sentado en ella, pero así se teje a veces la Historia, con sugestivas leyendas y tradiciones. En realidad se trata de una montaña de los Pirineos que llega a alcanzar los 2.442 metros de altitud en medio de un paraje espectacular, lugar en el que confluían los reinos de Navarra, Aragón y Francia. Una hipotética mesa colocada en el punto de confluencia permitía a cada rey hablar desde su propio reino, eso sí muy abrigados.

Nosotros no vamos a ascender a este idílico lugar sino a otros tres distintos y mucho más accesibles. Desde esos emplazamientos vamos a ver enteros tres espacios geográficos que, a pesar de su pequeñez, fueron considerados legalmente ‘reinos’ y se integraron en el Reino de Aragón y formaron parte de las intituciones oficiales de los monarcas. Para hacer comprensible lo afirmado, no queda más remedio que hacer un mínimo de historia condensada.



Deshacer la Hispania que trabajosa y secularmente habían cimentado los visigodos costó no más de seis años (711-717); por el contrario, vencer al último invasor musulmán llevó setecientos ochenta y uno (1492), ciento veintinueve veces más. Hubo alguna ocasión –épocas de Sancho III el Mayor de Pamplona y unión de Alfonso del Batallador con Urraca– en que parecía que los cristianos podrían adelantar el desalojo, pero por razones diversas no fue así. Y partiendo de Norte a Sur, catalanes, aragoneses, pamploneses, castellanos, leoneses y portugueses hicieron la guerra por su cuenta quedando antes o después algunos ahogados: pamploneses, catalanes, aragoneses y leoneses.

En sus respectivos avances, cada uno fue incorporando territorios diversos muy distintos entre sí. En el caso de Aragón, fueron sumándose Sabrarbe, Ribagorza, la Tierra llana, la Litera, el Regnum Caesaraugustanum, el Bajo Aragón y la Extremadura, en la que cupieron cuatro soluciones políticas ideadas por Alfonso I, las Comunidades: Calatayud, Daroca, Teruel y Albarracín. Pero también hubo casos singulares, dos de los cuales vamos a visitar junto con el inicial Aragón: los reinos de Monzón y de Los Mallos.

Nos excusaremos de ir hasta San Juan de la Peña porque casi todo el mundo ha estado allí, pero si no es así, si se llega hasta el Balcón de los Pirineos cerca del monasterio nuevo y se busca el emplazamiento adecuado para ver por la parte de la derecha algunas ondulaciones del Serrablo, se tendrá ante los ojos al primitivo Aragón cuando comenzó a ser Reino en el siglo XI pues detrás de la Peña Oroel, que también se ve, comenzaba una de las primeras extremaduras o zonas de nadie. El Aragón inicial cabía en una mirada.





Viajemos ahora para intentar ver de la misma forma un segundo reino. Para ello nos tenemos que remontar a pleno siglo XI cuando el rey aragonés Sancho Ramírez, desilusionado por sus escasos avances reconquistadores, nombró en 1089 rey de Sobrarbe y Ribagorza a su hijo de diecisiete años Pedro, que pronto sería Pedro I de Aragón. Sancho se dedicará fundamentalmente a los reinos de Aragón y Pamplona mientras que Pedro pondrá más su atención a la parte oriental. Y se dedicó tanto que, entre otras conquistas, con la ayuda de su padre, tomaba en el mismo año de su nombramiento real Monzón. ¡Casi nada! Monzón era un punto clave no solo por su castillo musulmán inexpugnable, sino también por ser centro aglutinador de una comarca muy arabizada y, por lo tanto, más difícil de asimilar.

Muestras de esa intensa arabización nos han quedado hoy en la comarca entre otros dos restos: nombres de pueblos y apellidos. Entre otros muchos, son de origen árabe al menos los topónimos de Albalate, Albelda, Alcampell, Alcarrás, Alfántega, Alfarrás, Algayón, Alguaire, Almenar, Almunia, Altorricón, Binaced, Binéfar, Calasanz, Pomar o Zaidín.

Pero en la 'Guía telefónica de Monzón' de 1995 podemos encontrar apellidos como Abenoza, Aguilar, Alama, Alcaide, Alcántara, Almunia, Alquézar, Barroso, Carmona, Farrán, Lara, Medina, Mendoza, Moros, Muzás, Muzas, Nebot, Nevot, Padilla, Pomar, Sellán, Ventura y varios más.

En 1092, el nuevo ente político, además de ser delimitado territorialmente, fue declarado Reino, se dotó de la habitual estructura de tenencias y acuñó hasta su propia moneda con la efigie de don Pedro. Como reino aparece en algunas intituciones reales hasta 1134 pues desde este año dejó de usarse. Este es el territorio que vamos a intentar abarcar con ayuda de prismáticos. Así es que tras deambular con calma por Monzón saboreando las muchas cosas que nos puede mostrar, ascenderemos al castillo, el que fuera bastión importante de los templarios y donde pasara parte de su infancia Jaime I. Habrá que visitar el castillo, claro, pero oteando el horizonte por el sur veremos buena parte del reino de Pedro I. No obstante, para completar la casi totalidad, podemos acudir luego hasta el cercano santuario de Nuestra Señora de la Alegría, tan venerada por los montisonenses y pueblos de los alrededores. Todo un Reino nada menos habrá estado a nuestros pies.



Para explicar y ver a vista de gorrión, nunca mejor dicho, el territorio del tercer reino habremos de acudir de nuevo a la Historia, aunque sea someramente. Regresamos al reinado de Pedro I. A los dieciocho años –siendo infante de Aragón y rey de Sobrarbe y Ribagorza– casó con Inés de Aquitania y tuvieron un hijo, Pedro, y una hija, Isabel. La transmisión de la corona parecía que estaba asegurada, pero la vida es la vida y el destino hizo que hacia 1095 no solo se quedara viudo el rey sino que Pedrito e Isabelita estuvieran cada vez peor de salud de modo que se temía por su vida. Aun sin electricidad, se encendieron todas las alarmas no solo en palacio sino también en Roma, la gran valedora de la monarquía aragonesa.

La realidad es que don Pedro se vio obligado a casarse en segundas nupcias e intentar traer al mundo un nuevo chaval que pudiera heredarle en caso de que Pedrito muriera, como acabó sucediendo. La encargada de hacerle padre de nuevo se llamaba Berta y era una auténtica desconocida al parecer de origen italiano, qué casualidad... Estamos en agosto de 1097, hubo boda en la catedral de Huesca y, como era costumbre entonces, don Pedro dotó a doña Berta, además de con otros bienes menores y dispersos, con las tenencias de Agüero, Murillo, Riglos, Marcuello, Ayerbe, Sangarrén y Callén, lo cual no estaba nada mal.



El caso es que el deseado nuevo heredero no llegaba y don Pedro, el rey Pedro I, colaborador necesario, murió en 1104. Así es que la corona pasó a su hermano Alfonso que tanto le había ayudado, que se convertía entonces en el rey Alfonso I para reconocerlo nosotros como Alfonso I el Batallador. Los cuñados no se debían llevar mal y el nuevo monarca consintió –nos lo dicen dos documentos auténticos de 1105– que Berta siguiera gobernando los territorios de la dote, incluso que se presentara como “regnante in Murello, et in Auvero et in Aierb”, un reino innominado al que el historiador de Pedro I, Antonio Ubieta, acabó denominando Reino de Los Mallos con el que se le conoce hoy.

El reino, que tuvo sus propios seniores o tenentes como el Reino de Aragón, por necesidades de índole diversa se fue empequeñeciendo poco a poco. Y hacia 1110 acaba no sabiéndose nada de la reina Berta que debió marchar a sus tierras natalicias italianas, mientras las de su efímero reino se incorporaban a Aragón.

Intentar abarcar de un vistazo el Reino de Los Mallos supone un preciosa excursión: camino rural transitable, bosque denso, altas paredes, setas en época de ellas, castillo en ruinas, buitrea y buitres quizás volando, mirador de privilegio, mallos a gogo, aire puro, río serpenteante, pueblos de belén... La excursión lo tiene todo para ser recordada y quizás para volver...

Nuestro destino por carretera es la localidad de Sarsamarcuello y podremos acercarnos allí bien desde Ayerbe o bien desde Bolea, lugares ambos que tienen mucho patrimonio que ofrecernos. Una vez en Sarsamarcuello, parte una pista forestal transitable e incitaciones diversas para detenernos si el tiempo disponible es holgado, como en el semiderruido castillo de Marcuello que tantas veces hemos visto como colgado desde abajo. Pero nuestro destino visual es el cercano y señalado “Mirador de los Buitres” donde lo primero que se te ocurre es pensar cómo pudo doña Berta dejar este idílico escenario y volver a Italia, por mucho que sea ‘bella’.

Es imposible ver Sangarrén y Callén porque están muy descolgados pasado incluso Huesca, pero el resto de los componentes del legendario reino, más o menos nítidos, se posan a nuestros pies: “Agüero, Murillo, Riglos, Marcuello y Ayerbe”.



A la vista de los muchos buitres que surcan el cielo del pequeño reino, nos preguntamos si no tendríamos que modificar el título inicial por el de “Dos reinos a vista de gorrión y uno a ojo de buitre”.